

mite el Señor, antes se van disminuyendo y acabando. La aflicción que desto sienten los pobres, y la que sentimos los que conocemos cuán rica mina de ánimas era para nuestro Dios esta que se va cegando, con ningunas palabras lo podemos ponderar, ni el gran mal que tememos sobreverá á estos reinos por permisión divina, más de que infaliblemente podemos certificar á V. M. que al paso que llevan los negocios después que vino vuestro Visitador, no puede durar muchos días la conservación de Nueva España. Estotro día se nos mandó dar á las Órdenes un Memorial por parte del mesmo Visitador, para que respondiésemos á ciertas dudas que en él se proponían, á las cuales no respondimos, pareciéndonos que eran accidentales y de poca sustancia, sino á lo esencial en que se había de poner mas dificultad. La copia de lo propuesto y de lo que respondimos enviamos con esta para que V. M. se satisfaga de nuestro sentimiento, que en suma es aquel según la Ley de Dios y toda cristiandad, la cual, si no queremos posponer y echarla á las espaldas, no podemos sentir otra cosa hasta la muerte. Otras cosas particulares que son causa de tener en continua aflicción y angustia á los que celan la honra y servicio de nuestro Señor Dios no las escribimos por no ser fastidiosos con nuestra carta: si V. M. fuere servido de quererse informar de algunas dellas, el sobredicho Fr. Juan de Mansilla, como hombre experto en las cosas de acá, y por lo que largamente le escribimos, dará entera relación de todo.

A V. M. suplicamos humildemente se compadezca destos sus miserables vasallos, á los cuales queda ya poca sangre y poco caudal que desbastar, y sea servido de condescender con lo que este Religioso de nuestra parte suplicare, porque la doctrina y aprovechamiento espiritual destos pobres indios vaya adelante, porque el día de hoy no hay cosa que más atrás quede en esta tierra, á causa de la gran invidia en que el mundo ha puesto á los pilares que hasta aquí la han sustentado, tanto, que en derrocar á estos parece que *arbitrantur se obsequium præstare Deo*. Y por tanto es de tener por más peligrosa persecución para los ministros de la Iglesia, por ser paliada y encubierta so color de bien y de

remedio. Plega á la Divina Majestad que se ponga en todo aquello que está dañado y pervertido, y que nosotros padezcamos y muramos, y sea para mayor honra y gloria suya, que no deseamos otra cosa. Con la muerte de vuestro Visorrey D. Luis de Velasco parece que se ha confirmado la poca esperanza que por parte de los de acá gobiernan se tiene de remedio, y que queda todo este orbe la candela en la mano. Porque verdaderamente fué cristianísimo varón y conservó en todo su tiempo en mucha paz estos reinos; y si alguna cosa particular le acertó los días de la vida fué la gran pena y lástima que tenía de ver su perdimiento, y entender que no era parte para tener en pie lo que se iba cayendo. Confiamos en la elemencia divina que inspirará á V. M. lo que conviene para el reparo de tanta calamidad como á esta infelice tierra y nueva Iglesia le ha sucedido, y así se lo suplicamos con lágrimas, y que la Católica y Real Persona de V. M. guarde y conserve, con aumento de mayores reinos y señoríos en su sancto servicio. De México, y de Agosto 26, 1564 años.

VIII

El Licenciado Valderrama, Visitador por S. M. en esta Nueva España, aumentó generalmente los tributos á todos los indios; y queriendo aprobar su hecho con el parecer de los Religiosos de las tres Órdenes, pidióselo en escrito, debajo de cautela, no preguntando si sería bien aumentar á los indios el tributo, sino presupuesto que se habían de tasar en tanto precio, qué modo se tendría para la paga y recogimiento del dicho tributo. Á lo cual se le dió por parte de la Orden de Sanct Francisco la respuesta de yuso.

RESPUESTA QUE DIÓ LA ORDEN DE SAN FRANCISCO SOBRE LOS TRIBUTOS DE LOS INDIOS, AL MEMORIAL QUE SE DIÓ DE PARTE DEL VISITADOR, EL LICENCIADO VALDERRAMA.

Lo que cerca deste Memorial me parece á mí Fr. Diego de Olarte, Provincial de la Orden de S. Francisco de la Nueva España, y á los demás Religiosos con quien lo he

platicado y comunicado, es que si respondiésemos *categorice* á las preguntas que en él se contiene, dando los medios que se piden para cobrar el tributo que la Real Audiencia ha tasado de nuevo y tasa á los indios, parecería que presuponemos ser la tasa justa y moderada, y que por tal la aprobamos, lo cual sería muy al revés de lo que según Dios y nuestras conciencias sentimos, porque no solamente no terminamos por justo si dijese el auto de la Real Audiencia, "pague tal pueblo que tiene cuatro mill indios tributarios, cuatro mil pesos y dos mill hanegas de maíz en cada un año" (puesto caso que cada tributario pudiese dar sin vejación un peso y media hanega de maíz), porque el engaño está claro, pues vemos que los indios van de cada día más en disminución, y así apocándose ellos quedaría el tributo siempre en un ser, y á ellos se les vernía á doblar y redoblar por cabezas; mas también lo segundo, que es tasar generalmente á cada indio casado en un peso y media hanega de maíz, y á cada viudo ó viuda, soltero ó soltera, en la mitad (como por lo menos se tasan, fuera de lo que han de contribuir para su comunidad), lo tenemos por cosa muy perjudicial á la conservación destes naturales; y esto aunque les quitasen las demás vejaciones que dicen se les han de quitar, de la cual carga, según razón y justicia, habían de ser descargados primero que otra se les echase de nuevo, cuánto más que no sabemos si algún día verná esto á efecto. La razón de lo dicho es porque en el echar del tributo á gente que se va acabando por estar muy cargados, no se ha de tener respecto á los excesos pasados que lo han traído á estos términos de acabarse, ni á decir quitámosles de lo que hasta aquí tenían, sino á lo que puede dar un indio desnudo, sobre estar ya tan fatigado y haber de ganar la vida y mantener su familia con sólo una coa en la mano. Y en cuanto á esto, á los Religiosos que los tratamos más que otros y vemos con nuestros ojos sus miserias, nos consta que los más dellos no alcanzan al cabo del año otra tanta cantidad como esta para suplir sus necesidades, pues comen cuatro ó cinco meses dél yerbas y raíces, por no tener otra cosa. Y sabemos de cierto que en estas enfermedades con que el

Señor los visita, casi todos ellos se mueren, por no tener la mujer, el marido, ó el padre, ó la madre, ó el pariente, un real que pagar á quien cure su enfermo, ni un muy pequeño regalo con que lo poder sustentar. Parece también el exceso de la dicha tasa, porque en la cuenta de los tributarios se incluyen los caciques y principales y otros géneros de personas que conforme á todo Derecho habían de ser reservados. Y así el efecto de la misma obra muestra la vejación y fatiga, porque todos los pueblos de nuevo tasados claman y se querellan á Dios con la suma aflicción en que se ven, y á nosotros nos piden la requesta de la mucha clemencia de nuestro Rey que tantos años ha les predicamos, y plega á Dios que no pongan duda en lo que de ese mesmo Dios les hemos dicho, regulando con su bajo entendimiento las cosas de la fe con estotras que por sus ojos ven; porque estas dos, que son la verdad de nuestro Dios y la clemencia de nuestro Rey, son las que nos hemos desentrañado con ellos para que cuadrasen á sus entendimientos. Finalmente, sabemos por nuestra cuenta y es á todo el mundo notorio, que el día de hoy no hay en los pueblos más gruesos de la Nueva España la quinta parte de los indios que solía haber cuando los que somos vivos les vinimos á predicar y doctrinar, y que otras provincias que entonces eran muy pobladas se han acabado y consumido casi del todo, y vemos que los que quedan se van apocando más de cada día. Por donde está manifesto que el Rey D. Felipe, nuestro Señor, era obligado á mandar dar orden cómo lo perdido se recuperase y esta desventurada gente se conservase, y así lo tenemos entendido de su real persona y de su cristianísimo pecho. Que si S. M. viera con sus ojos á estos indios, y entendiera su excesiva pobreza y miseria, usara con ellos de toda piedad, y buscara y demandara medios para su remedio, y no para el último remate de su destinción, como lo es este nuevo acrecentamiento de tributos; y pues para el bien y reparo destes reinos no somos parte ni se nos da crédito á nuestro parecer, no es justo que lo demos para los medios de su perdición. Lo que haremos de nuestra parte será llorar en nuestros rincones los males que sentimos,

poniéndolos en las manos de Nuestro Señor Dios y predicar paciencia á los afligidos, y mirando á la lealtad que debemos á nuestro Rey y Señor no dejaremos de dar siempre aviso á S. M. de lo que entendemos que conviene al servicio de Dios y suyo, y al descargo de su real conciencia, y al bien de sus vasallos. Porque aunque el Señor envíe estas tribulaciones por nuestros pecados, esperamos en su misericordia *quod non in aeternum irascetur populo suo, neque extendet iram suam a generatione in generationem.*

IX

OTRA PARA SU MAJESTAD EN FAVOR DE D. LUIS DE VELASCO,
EN NOMBRE DE LOS DICHS PROVINCIAL Y DIFINIDORES.

S. C. R. M.—La gracia del Espíritu Santo sea siempre en el ánimo de V. M. La buena y verdadera devoción que vuestro Visorrey D. Luis de Velasco (que sea en gloria) tuvo en vida á las Religiones que en esta Nueva España residen, y el favor y calor que siempre nos dió á sus hijos dellas para entender con más aprovechamiento y fructo en la instrucción y doctrina destos naturales, nos obliga á que en la muerte le seamos todos nosotros fieles devotos y capellanes. Hémoslo sido primeramente para con el Rey Celestial, haciéndole sus obsequias y encomendando su ánima al que la crió, en nuestras oraciones y misas. Resta que lo seamos también para con el Rey de la tierra, por lo que toca á las prendas que en ella dejó, pues en lo temporal todos ellos son hechuras de las manos de V. M. y de vuestros antecesores nuestros Reyes de España. Tenemos por muy cierto que por sus cristianísimas obras, juntamente con los sufragios de muchos siervos de Dios, posee ya su ánima la bienaventuranza del cielo, y así no dudamos sino que teniendo V. M. atención á sus muy leales servicios y á las supplicaciones de muchos que con justo título y sobrada razón intercederán en este negocio, será servido de remunerar en sus hijos lo que sólo les dejó por herencia de sus trabajos,

que es dejar á V. M. obligado á hacerles grandes mercedes. Lo mucho que este buen capitán y fidelísimo gobernador trabajó en esta Nueva España en servicio de V. M. no se puede explicar con breves palabras, ni queremos tampoco gastar muchas para este efecto, por evitar prolijidad, y porque V. M. lo entenderá antes de muchos años muy á la clara en la falta que su persona hará de aquí adelante para el buen gobierno destos reinos. Murió pobre de hacienda, aunque rico en la fama, y mucho más en la buena conciencia.

A V. M. suplicamos con toda humildad sea servido de mostrar el agradecimiento de tantos y tan buenos servicios, en hacer especiales mercedes á su hijo D. Luis de Velasco que acá dejó en su lugar y memoria, porque en lo que ha conversado en esta Nueva España, después que á ella vino, tenemos entendido que todo cabrá en su persona, y que podrá servir á V. M. mucho en esta tierra, más que en ir á la presencia de V. M. á las procurar, y por tanto se queda por consejo de todos los que desean su bien y el servicio de V. M.; y porque confiamos que en semejante caso terná V. M. mucho más cuidado de alargar su real mano, que nosotros lo podríamos tener en alargar la pluma, dejamos de ser más prolijos en esta carta. Nuestro Señor la Sacra, Católica Real Persona de V. M. guarde, con aumento de mayores reinos y señoríos, para su sancto servicio, como los vasallos y siervos de V. M. deseamos. De México, á veinte y ocho de Augusto de 1564 años.

X

OTRA TERCERA CARTA PARA EL REY DON FELIPE, NUESTRO
SEÑOR, EN NOMBRE DE LOS DICHS PADRES PROVINCIAL Y
DIFINIDORES, ESCRIPTA EL AÑO DE 1565.

S. C. R. M.—La gracia del Espíritu Santo sea siempre en el ánimo de V. M. Después que murió D. Luis de Velasco, vuestro Visorrey, escribimos á V. M. por fin de Augusto del año pasado la falta que su muerte hacía en esta Nueva Es-

paña, y la gran necesidad en que toda ella quedaba de remedio, así en lo que toca á lo temporal como en lo espiritual; y porque en aquella carta iba resuelto lo principal de nuestro sentimiento y de lo que hace al caso para ser advertido y avisado V. M., enviamos otra vez el transumpto della juntamente con esta, por no estar certificados si el navío en que iba llegó en salvamento. Lo que de nuevo podemos añadir es suplicar á V. M. se acuerde de la obligación que tiene de conservar y amparar los naturales destos reinos que han quedado como reliquias de la innumerable gente que solía haber en ellos, y de darles conveniente doctrina para que sean verdaderos cristianos y puedan salvar sus ánimas, y que considere la insaciable codicia de los españoles que á estas partes vienen y en ellas residen, la cual les hace no tener piedad ni caridad con estos pobres indios, más que si no fuesen prójimos, y decir de nosotros peor que de herejes, no más de porque volvemos por ellos y no se los dejamos acabar y consumir tan presto como ellos querrían; y los medios que para ampararlos de sus manos hemos tenido, ya V. M. sabe que no ha sido tomar armas para les hacer resistencia, ni aun decir á los mismos indios que las tomasen para se defender, sino solamente ser parte con nuestros católicos Reyes para que se pusiese rienda á esta desenfrenada codicia, y para que se haya gobernado la Nueva España con más cristiandad y rectitud que ninguna otra parte ni provincia de las Indias, lo cual ha sido causa de que haya todavía el día de hoy en este pedazo más gente de los naturales, que en lo restante de todas ellas; y si por esto somos dignos que se nos ponga silencio y se nos quite el crédito, y que se trate de ataparnos las bocas porque no haya redención en la consumación destos miserables, como lo pretenden nuestros hermanos los españoles, V. M. lo puede juzgar, que en su mano está la vida temporal ó la muerte, la conservación ó la perdición desta pobre gente; y pues no consiste en más el negocio, de darse crédito á los del siglo, ciegos y cautivos del dinero, ó á los siervos de Dios, libres de todo cuanto en el mundo tiene criado, bien facil será la determinación para juicio y sentimiento

tan cristiano y piadoso como el de V. M. Asimismo suplicamos á V. M. sea servido de considerar que tan bien somos españoles los frailes como los seglares, y que los hábitos no nos hacen de diversa nación, ni que *cæteris paribus* habíamos de ser contrarios á la propria nuestra por ser favorables á los de la remota y extraña, sino que hay algún gran fundamento y no carece de mucho misterio quererse los Religiosos ponerse en odio de los españoles sus propios naturales á costa de su quietud, que por ello la pierden, por una gente como he dicho extraña, que nunca los vieron ni conocieron ni aguardan dellos algún agradecimiento; y este misterio no es otro sino que vemos la justicia y equidad pervertida, la ley natural violada, la caridad cristiana olvidada, la fe y doctrina evangélica impedida, la salvación de las ánimas estorbada, y en todo esto ser Nuestro Señor muy ofendido. Y pues somos cristianos y tenemos nombre de Religiosos, no es mucho que celemos las públicas y graves ofensas de Jesucristo, ni esto es justo que nos sea tenido á mal de ningún verdadero cristiano.

También suplicamos á V. M. se acuerde y traiga á la memoria el grande escrúpulo de conciencia que nuestros Reyes de España, vuestros antepasados, tuvieron siempre cerca del Señorío y gobierno de las Indias. De los Reyes Católicos, vuestros bisabuelos, y en especial de la Serenísima Reina Doña Isabel se dice que el mayor temor y escrúpulo que llevó desta vida fué deste negocio, y así dejó con grande instancia encargado y rogado á sus subcesores en su testamento, que procurasen de descargar su real conciencia en este caso. El Emperador, nuestro Señor y vuestro padre, de gloriosa memoria, estando en Sanct Iuste aparejándose para la muerte, dijo que deseaba y quisiera hallarse en aquel tiempo con fuerzas corporales, no para otra cosa sino para pasar en persona á Indias, y trabajar de satisfacer y restaurar los males y daños que en ellas habían hecho sus vasallos los españoles, y para procurar la conservación y aumento y salvación de los naturales; y en ausencia no tuvieron otro remedio para el descargo de sus conciencias estos bienaventurados Príncipes, sino recibir el aviso y parecer de los

siervos de Dios, y confiarse dellos, y tenerse por muy servidos de su fiel servicio; y los antiguos Presidentes y Oidores de su Real Consejo de Indias siempre tuvieron por acertado allegarse á este sentimiento de los Religiosos, y aun regirse por sus simples dichos, y los que acá en su real nombre y vuestro han gobernado han hecho lo mismo, y se hallaron muy bien con ello, y así lo daban siempre por aviso á VV. MM. y á su Consejo, hasta que en estos tiempos han entrado de nuevo algunas personas que ignorando todo lo pasado y careciendo de la experiencia de las cosas desta tierra y de las necesidades della, y rigiéndose por la opinión del vulgo, parece que han querido tomar entre los dientes el nombre de Religiosos, y dar lugar á que borren su buena fama y crédito, aunque esto no lo juzgamos ni atribuimos á mala intención, antes creemos que piensan acertar en ello, sino que es astucia y trama del demonio para destruir todo lo que en este nuevo mundo se ha edificado. Y juntamente con esto tenemos entendido que no hubiese venido la cosa á tales términos si V. M. fuera siempre informado en persona, y tuviera entera noticia de lo que por acá pasa, sino que con la ocupación de otros negocios, y con confiarse de vuestros reales Oficiales y Ministros no habrá habido la oportunidad que convenía para esto. Por tanto, suplicamos á V. M. sea servido de poner la proa de vuestra real voluntad y deseos al remedio y reparo de las Indias, deseando y procurando informarse de los mejores medios que se pueden tener para la conservación de los naturales que en ellas quedan, y para su buena instrucción y doctrina, y para que se entienda de aquí adelante de veras (como en otro tiempo solía) en beneficiar esta mina y tesoro de las ánimas, haciendo desto el principal caudal, y el menos principal del metal corruptible que los navíos suelen llevar á esos reinos á mucha costa destos, y á costa de las haciendas y vidas y ánimas de innumerables vasallos, y de vuestra real conciencia; y certificamos á V. M. que nunca en estas partes ha habido mayor necesidad que el día de hoy de trabajo y solitud de los Religiosos en la obra de la salvación de las ánimas. Para nuestra justificación delante el divino acata-

miento, y porque no sea á nuestra culpa el daño que resultare, ofrecemos de nuevo á V. M. nuestro servicio y trabajo en todo aquello que con nuestras pocas fuerzas pudiéremos hacer para descargo de vuestra real conciencia y salvación destas ánimas; que si alguna cosa hemos dejado de lo que solíamos, de poco tiempo desta parte, ha sido como corridos y acosados de todo el mundo, y persuadidos de vuestro Visitador el Lic. Valderrama, que no era V. M. servido de que los Religiosos entendiésemos en semejantes cosas; y para esto no rehusamos, antes muy mucho deseamos que V. M. se satisfaga por entero de nuestra fidelidad, cuidado, trabajo y ejemplo, y de la pureza con que vivimos, conforme á nuestro pobre estado, porque si en algo excedemos, quedaremos ser advertidos, y con caridad corregidos, y evitar el exceso, pues á nosotros mismos nos es dañoso; mas no es justo tampoco que para condenarnos y desacreditarnos á todos se eche mano de un exceso particular, ni de un mal ejemplo de un fraile, que no estamos confirmados en gracia, ni es posible que todos acertemos en todo, sino que seamos mirados y juzgados por la masa y cuerpo de nuestra comunidad; y lo mesmo en nuestras palabras y avisos, que seamos oídos y creídos los que hablamos y tratamos en nombre de toda la Religión, y no frailes singulares que haciendo cabeza por sí arman torres de viento, y así paran ellos y todo lo que prometen en viento. Para ser V. M. cristianamente informado y estos reinos bien gobernados, es necesarísima una cabeza, la cual omnímodamente represente la Persona Real de V. M., así en sabiduría, virtud y cristianidad, como en nobleza de sangre, autoridad y poder, porque un solo hombre destas calidades es suficientísimo para regir todo este Nuevo Mundo, y muchos que no sean tales cada uno por sí, y mucho más por este mismo caso de la multitud, son causa de ponerlo en desórden y confusión.¹ Otras muchas cosas que convienen llegar á la noticia de S. M. no las expresamos aquí por no ser molestos con tan larga escriptura. De todas ellas dará entera cuenta, si V. M.

¹ Porque á la sazón trataban que no hubiese Virrey, sino solo Audiencia. (Nota marginal del MS.)

fuese servido de la recibir, Fr. Juan de Mansilla, que fué á esos reinos en nombre desta Provincia, al cual escribimos muy largamente lo que de nuestra parte se puede avisar y decir. Nuestro Señor.....

XI

CARTA PARA TODO EL CONSEJO REAL DE INDIAS, EN NOMBRE DE LOS DICHS PADRES PROVINCIAL Y DIFINIDORES.

En todas Divinas Letras no se lee que los ministros de la palabra de Dios tengan licencia para retroceder ni variar contra lo que el Espíritu de Verdad les dicta, por ninguna ocasión ni contradicción que se les ofrezca, antes tienen precepto de no callar sino perseverar, en caso de decir verdad, conforme á lo que ese mismo Dios les manda, hablando con cada uno dellos Isaías, y diciendo: *Clama, ne cesses*; y esta misma perseverancia y importunancia nos enseña el Apóstol Sanct Pablo, escribiendo á Timoteo, y diciendo: *Insta opportune, importune, argue, obsecra &c.*; y del Profeta Miqueas tenemos ejemplo en los Libros de los Reyes, que siendo llamado del rey de Israel para que le profetizase el suceso de una conquista que quería hacer, y avisándole el mensajero que fué por él, en el camino, que se emendase de la mala costumbre que tenía de anunciar mal á su rey, y de aconsejarle al revés de lo que era según su voluntad, á cuya causa estaba en su desgracia, y que ahora le denunciase buen suceso, pues todos los demás que había juntado, que eran cuatrocientos profetas, decían que en aquella empresa lo ternía muy bueno; con todo esto respondió el buen profeta: *Vivit Dominus, quia quodcumque dixerit mihi Deus meus, hoc loquar*. Y así dijo lo que Dios le inspiraba, y por no creer el rey á este que sabía ser Profeta de Dios, sino á los otros sus profetas que adulaban, vino á morir á manos de sus enemigos en aquella batalla. Decimos esto, Muy Poderosos Señores, porque dende que los Religiosos pasamos de esa antigua España

á esta Nueva por mandado del Emperador, nuestro Señor, que sea en gloria, para doctrinar á los naturales della en las cosas de nuestra sancta fe católica, nunca ha sido otro nuestro lenguaje, ni de nosotros se ha sentido otro sentimiento, ni otra cosa hemos escripto ni avisado á V. A., sino lo que el Espíritu de Verdad nos ha tractado y dicta y dictará mientras que en nosotros durare el temor del Señor, conviene á saber, la necesidad grandísima que estos naturales, como flacos y débiles y desamparados de toda otra ayuda, tienen de ser siempre favorecidos, sobrellevados y defendidos de V. A. con gran vigilancia y cuidado porque no sean fatigados y afligidos con las vejaciones, molestias y opresiones que causa su poca resistencia y la demasiada audacia y codicia de nuestros españoles, y la deuda y obligación que V. A. para esto tiene, y para dalles y sustentalles cómoda y conveniente doctrina, cual se requiere para que reciban la lumbre de nuestra fe, y se conserven en la cristianidad que recibieron; y los medios y modos que para este efecto se podrían y debrían tener, según la ley de Dios y caridad en que vivimos, por diversas vías y veces los hemos declarado, y no han sido de poco provecho hasta los tiempos de ahora, por haberse recibido de buena tinta, que finalmente se ha sustentado por este respecto la Nueva España en más cristianidad y menos detrimento de los naturales que las otras provincias de todas las Indias, adonde no ha habido quien tanto clamase. Mas ahora parece que se han levantado nuevos profetas (no porque ahora comiencen á hablar de nuevo, sino porque no ha podido prevalecer su voz hasta este tiempo), los cuales, echando por delante el cebo del aumento de las rentas reales, y cubriéndolo con color de celar el remedio de los mismos naturales, porque *alias* no podrían engañar á su cristianísimo Rey, quieren persuadir á V. A. que juntamente con descargar mejor vuestra real conciencia llevará más tesoros de la Nueva España, siguiendo su nueva invención y traza; y persuadiéndole que los frailes han sido causa de destrulle esta tierra; la cual opinión y fama, aunque delante de Dios sea gloria nuestra (por tener tan poca nuestras buenas

obras en boca de los hombres), no es razón que la concedamos con callar, ni que nos conformemos á ella, en manifiesta ofensa de nuestro Dios y en deslealtad de nuestro Rey, cuya salvación y justificación para el reino del cielo hemos de preciar y desear más que todos los tesoros y reinos del mundo, sino decir con Miqueas hasta la muerte: *Vivit Dominus, quia quodcumque dixerit mihi Deus meus, hoc loquar.* Y por tanto, decimos y certificamos á V. A. (debajo deste presupuesto de decir lo que según Dios sentimos), que si con tiempo no se provee de remedio, lleva camino de despoblarse en breves días de sus naturales la Nueva España, así como se despoblaron las Islas, y de perderse en mucho más breve tiempo la cristiandad desta tierra; y la razón destas dos cosas es porque con ser menos de cada día los indios, no se entiende en desagruarlos sino en más cargarlos, y juntamente con esto no hay cosa más desfavorecida que son los verdaderos ministros de su doctrina; y la causa de donde proceden tales operaciones en el cuerpo místico desta república es el espíritu que ahora lo rige, que parece inspirar ó tender á estas dos cosas, conviene á saber: sacar mucho dinero de los pobres indios, y desacreditar del todo á los Religiosos; la una y la otra de las cuales cosas ya V. A. ve cuánto carga sobre vuestra real conciencia, estando obligado á tener por fin lo contrario desto, sobrellevando los indios porque no se consuman, y dando todo el posible favor para que sean verdaderos cristianos.

Y pues en mano de V. A. está volver la hoja y poner de su mano espíritu que á este cuerpo dé vida, enviando un gobernador cristianísimo, recto y piadoso, y juntamente con esto mandando proveer los recaudos necesarios para que de aquí adelante se pretenda principalmente dar ánimas á Dios y vasallos á V. A., y con ellos rentas perpetuas á vuestros sucesores, y no que se consuman ellos y ellas en pocos años, con toda humildad pedimos á V. A. se sirva de que esto se ponga por obra, y no permita que así á ciegas se destruya un mundo, á tanta costa de ánimas de los unos y de los otros, y con perpetua ignominia de crueldad de la

nación española; y porque por otra escribimos muy largo á S. M. acerca de esta materia, teniendo entendido que irá á manos de V. A. aquella misma carta, y por otra parte escribimos á Fr. Juan de Mansilla, que fué por Discreto desta Provincia á nuestro Capítulo General, lo que de nuestra parte ha de avisar y suplicar á V. A., no somos en esta más prolijos.

XII

CARTA PARA TELLO DE SANDOVAL, PRESIDENTE DEL CONSEJO DE INDIAS, EN NOMBRE DEL PROVINCIAL.

Ilustre y Reverendísimo Señor: La gracia del Espíritu Santo sea siempre en el ánimo de V. S. Como las cosas que son de Dios no pueden ser desbaratadas por ningún consejo de los hombres (aunque por algún tiempo padezcan contradicción), siempre en las tales se ha de esperar después del ñublado y tempestad de la persecución la bonanza de la prosperidad y favor, y después de la noche de la tristeza y tribulación el día de la espiritual alegría y consolación. Y así los Religiosos de la Nueva España que entendemos (como V. S. bien sabe) en una obra puramente de Dios, y meramente por ese mismo Dios, sin respecto de otro ningún interese de la vida, hemos padecido y padecemos una de las mayores persecuciones y tribulaciones que en esta vida se nos podían ofrecer, no de nuestras propias personas, que si esto fuera no la tuviéramos por persecución, sino por triunfo y coronación; y si algo nos toca, que todas son palabras, como murmuraciones, detracciones falsas, imposiciones, acusaciones, menosprecios y vituperios, con el gozo destas cosas, que son para nuestra gloria, templamos algo el dolor y aflicción que sentimos de lo que en efecto es perseguido y contrariado, impedido y repugnado, que es la misma obra de Dios, su honra y su servicio, lo cual á quien tiene un tantico de celo de la casa de su Señor no puede dejar de comer y abrasar las entrañas y hacerle estar anhelando de hambre y sed de la justicia en tanta falta de